

# Algo de dialectos españoles a principios del siglo XII

POR FRANCISCO CODERA

En documentos antiguos de Aragón y aun de Castilla, es bastante frecuente el encontrar palabras y hasta giros gramaticales, que hoy son puramente catalanes y quizá franceses: al encontrar tales palabras es muy natural, máxime si el que las estudia es regionalista, el atribuir las a influencia de la lengua catalana en las otras regiones, por más que respecto a Castilla sea difícil encontrar explicación de esta pretendida influencia: respecto a Aragón no cabe duda que la lengua catalana pudo ejercer alguna influencia en la oficial y curialesca desde los tiempos de nuestra unión con el casamiento de doña Petronila; pero pensar que esta influencia pudo extenderse entre el pueblo, llegando a introducir procedimientos gramaticales, siempre nos ha parecido poco admisible.

Sugiérenos la idea de discutir este modo de pensar el efecto natural que en uno de mis amigos, uno de los más fervientes y entendidos catalanistas, produjo una frase, que en el lenguaje de mi tierra me permití transcribir en el *Prólogo* del tomo VII de la *Colección de estudios árabes*, cuando al referirme al escaso resultado de mi larga propaganda de los estudios árabes, añadía que “de mí podría decirse, como en un dicho muy gráfico dicen en mi tierra, *ha fei como el tio Cascaciruelas, que va fé tot lo que va podé, y no va fé res*”:

en mi amigo produjo esta frase el efecto de sugerirle la idea de que esto era puro catalán, y como es natural, pensó que era debido a influencia catalana, que en pocos puntos sería menos de extrañar, ya que mi pueblo, Fonz, en Ribagorza, está casi en la frontera de Cataluña, a la que pertenece en lo eclesiástico, a pesar de lo cual me permito creer que la semejanza no es debida a imitación, como dos próximos parientes, que se parecen, no toman los rasgos comunes el uno del otro, sino de sus ascendientes comunes.

Hace muchos años, más de treinta, que estudiando con mi compañero de profesorado en Granada, el difunto D. Francisco Javier Simonet, las palabras españolas que como nombres de drogas medicinales figuran en un manuscrito árabe de la Biblioteca de Leyden, de las que le había remitido nota Mr. Dozy, me fijé en el hecho de que un autor árabe del siglo XII, escribiendo en Zaragoza, dijese como palabras de los cristianos o *agemies*, probablemente empleadas en casi toda la España cristiana, palabras que hoy son puramente catalanas, y que de seguro no entendería el vulgo de Zaragoza.

Del libro a que me refiero, escrito por *Abenbuclaris* y dedicado al rey Almostain II de Zaragoza, según creo, del cual tomó el título de *Almostaini*, se conocen tres ejemplares, uno de la Biblioteca de Leyden; otro de la de Nápoles, que también aprovechó Dozy, y otro existente en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Pudiera decirse que el libro de *Abenbuclaris* es un *tratado de materia farmacéutica*, comprendiendo como es consiguiente los nombres árabes de animales, plantas y drogas de toda clase empleados en la Farmacopea medioeval: como dichos nombres en su mayor parte no son árabes en realidad, sino transcripción, y a veces traducción de nombres griegos o latinos, pues de griegos y latinos hubieron de tomar el nombre, al tomar la

cosa, tuvo Abenbuclaris la buena idea de aclarar casi siempre el nombre árabe con el nombre español correspondiente, indicando a veces que había dos o tres palabras diferentes, ó que en tal o cual dialecto, de *Zaragoza*, de *Valencia*, del *oriente de Alandalus* se decía de este o del otro modo.

Me había propuesto hacer un estudio detenido del manuscrito de la Biblioteca Nacional; pero como esto exigiría mucho tiempo y es muy posible que no llegue a poder dedicar algunos meses a este estudio, que debería hacerse por quien poseyese más que medianos conocimientos de Zoología, Botánica y Mineralogía, me decido a darlo conocer bajo el aspecto lingüístico, aunque ya con este mismo objeto lo aprovecharon Dozy y Simonet en sus respectivos trabajos.

Cuando Abenbuclaris da la correspondencia española de una palabra árabe, y no dice expresamente que se refiere al dialecto de Zaragoza, de Valencia o del Oriente de Alandalus, parece debemos suponer que la palabra correspondiente es de uso general de los cristianos, especialmente cuando da un solo nombre; pues si da dos o más, podrá quizá suponerse o que se empleaban indistintamente en un mismo punto, o que pertenecían al uso de diferentes regiones.

Lástima grande es para el aprovechamiento de los datos que puede proporcionarnos este manuscrito el que el sistema de escritura árabe aplicado a la transcripción de palabras de otra lengua convierta tales palabras en verdaderos logogrifos o jeroglíficos, que sólo puede acertar, y esto casi por adivinación, quien conozca bien la lengua vulgar: para hacer palpables las dificultades que este sistema produce, citaré dos palabras de dicho manuscrito: al hablar de la *mustella* o *comadreja*, dice que se llama  $\text{ب...ة}$ ; *bnqsa* o *pnqsa*: las vocales que hayan de unirse a estas consonantes son indeterminadas; puede cada una llevar cualquiera de las tres vocales, o combinarse dos consonantes con una vocal, de modo que por tanteos

resultaría el trabajo muy improbable, y aún no sería seguro que diera resultado, por corresponder quizá a palabras que no consten en los Diccionarios, como sucede en este caso, pues debe leerse *paniquesa*, nombre que se da a la *comadreja* en algunos puntos de Aragón; en Fonz se llama *mustrella* o *paniquesa*: si yo no hubiera sabido esto, es seguro que no hubiera acertado la lectura de la palabra *بنيقة*. Si a las dificultades inherentes al sistema de la escritura árabe se agrega lo incorrecto de los manuscritos, las dificultades se multiplican; así, a la planta *avena negra y salvaje* se la llama en uno de los ms. *بارة* y en el otro *بارة*, y es casi seguro que en ambos está mal, y que debería decir *بارقة balluaca*, como se la llama en algunos pueblos, *racha* en otros: de cómo este sistema de transcripción desorienta por completo en la lectura de los nombres propios recuerdo un ejemplo curioso en la traducción de la *Crónica* llamada *del Moro Rasis*, publicada por el señor Gayangos: el traductor se encontró con el nombre de una población inmediata a Lérida, nombre que probablemente estaría escrito *قرابينس* y leyó *Carabinas* por *Corbins*, como advirtió oportunamente el Sr. Gayangos.

Muchos son los nombres de palabras españolas que en la obra de Abenbuclaris nos ha sido imposible acertar a leer: sirva de ejemplo el que figura el primero en la lista remitida por el señor Dozy, quien las había colocado por orden alfabético árabe: dice la nota—*nombre árabe* *إتحران*—*español moderno parthenium*—*español antiguo*—*ms. de Leyde* *عشرنش*—*ms. de Nápoles* *عشونس* y el texto añade, en la achemia (el dialecto) de Zaragoza *يُبلندرة 6 يُبلندرة*—resultando que la planta *parthenium* se llamaba algo así como lo que resultaría de las consonantes *gsuns* o *hsrns* y en el dialecto de Zaragoza *yoblinaira*, o cosa parecida, pues aquí está indicada la vocalización, pero aun así queda muy indeterminada la lectura.

Vengamos ya a las palabras de lectura indudable y características que han dado ocasión a este trabajo.

فضة ms. de Leyde ارينته — ms. de Nápoles اَرَزِنْتُ *arzinto* y اِبْلَاطَة *plata*, de modo que se llamaría *arzinto* y *plata* indistintamente: hoy el primer nombre es puramente catalán convertido en *argent*.

El nombre de *arzinto* dado a la plata aparece confirmado al tratar del *azogue*, al que el ms. de Nápoles llama اَرَزِنْتُ بِنْبِهْ *arzinto vivo*, que el ms. de Leyde interpreta diciendo que significa *plata viva*.

Como sinónimo de la palabra جبن *queso*, pone el ms. de Leyden بَرِي, que en el ms. de Nápoles se lee تَرِي, sin que ni de uno ni de otro modo acertemos a leerlo; en este último se le dan también los nombres قَبْجِي (قَبْجِي) وُقْرْمَاچِهْ *queso y formache*, nombre este último hoy puramente catalán.

Correspondiendo al nombre بَارِط *bellota*, como árbol, aparece el nombre اَلْجِنْدِهْ la *chene*, y su fruto اَلْجِنْدِهْ پومَة *poma de la chene*, o como añaden los manuscritos, o sea el fruto del árbol la *bellota* (la encina): las palabras *poma de chene* por *bellota*, dudo que hoy fuesen entendidas en parte alguna de España.

Las *granadas* اَلرَّمَان, que ya tenían este nombre, se llamaban también مَغْرَانِش *megrans*, que hoy en Fonz decimos *minllanas*.

Así como el estudio, que hemos podido hacer de los nombres que figuran en la obra de Abenbuclaris, nos ha dado a conocer algunos que hoy son puramente catalanes, y sin embargo parece que eran comunes en la mayor parte de España, y empleados por los cristianos sometidos o no al poder musulmán, es de suponer que en la misma obra figuran palabras que hoy pertenecerán a otras regiones y antes debieron ser

comunes: muchas veces el texto de Abenbuclaris nos daría quizá formas raras poco diferentes de las comunes, pero que de todos modos pudieran ser un dato precioso para los estudios filosóficos; así, en las primeras notas remitidas por Dozy al señor Simonet, encuentro, de las dos clases de *hortigas* designada la primera con las palabras *العين السوداء* و*تفسيره العين السوداء* *el uelio ó ulio negro, que quiere decir el ojo negro.*

En mi sentir el estudio de la obra de Abenbuclaris con los datos indicados nos prueba que la especialización de los dialectos peninsulares no estaba terminada y que mayor o menor número de palabras empleadas de un modo corriente han venido a localizarse y es muy posible que algunas hayan desaparecido por completo, no quedando de ellas más que el recuerdo, quizá indescifrable, consignado en el *Tratado de materia farmacéutica de Abenbuclaris*, en cuyo códice de la Biblioteca Nacional de Madrid hay notas marginales en caracteres latinos poco legibles, que quizá puedan servir al que tenga suficiente fuerza de voluntad para emprender su estudio.

Fonz, 21 de junio de 1905.

(*Revista Aragón*, 1905, pp. 339-344.)